

PRÓLOGO

En cierta ocasión, un grupo de jóvenes intelectuales, de esos que nunca se sientan, son delgados y establecen teorías a plazo medio, me escogieron al azar de entre las decenas que transeúntes que paseaban aquel sábado matutino por la calle, para comprobar una de sus mermaidas hipótesis. Y por el salario de una invitación a un par de copas de vino, accedí al instante a metamorfosearme en un conejillo de indias de lo más solícito. Sentado en una mesa de pino muerto del bar más cercano y ya con el primer tinto en el estómago, los jóvenes eruditos, que tomaban café con leche de pie y en torno mío, únicamente me preguntaron la razón por la cual había accedido a su petición, ya que ellos no pensaban en modo alguno que hubiera sido el convite a dos copas de vino de mesa barato lo que me había movido a compartir con ellos, el inusual momento que estaba viviendo. Antes de responderles, les exigí que me pusieran el segundo trago de morapio y que si no me lo daban como habíamos estipulado, jamás contestaría a su pregunta. De mala gana, el benjamín a mi parecer de todos ellos, se acercó a la barra del bar pidió el

"chato" y lo colocó sobre la muerta mesa de pino. Alcé la copa, brindé por ellos y engullí en un par de tragos el mosto. Esperaban la respuesta con ansia. Me puse de pie y con la falsa verosimilitud que ofrece el tiempo contesté a su pregunta: "Amigos, me he sometido a vuestro experimento única y exclusivamente por el gusto que le tengo al jugo del Dios Baco; no tenía suficiente dinero para tomarme el habitual vino de mis sábados y vuestra propuesta, no sólo me ha hecho ahorrarme un euro con veinte, sino que además me he relamido con vuestra generosa invitación, os aseguro que habéis alegrado la mañana a este pobre deambulante sin cerebro; no busquéis nada más, no lo hay." Tras unos segundos de incertidumbre y miradas de goma entre ellos, uno por uno fueron desfilando hacia la calle sin decir palabra alguna; etérea procesión de genios frustrados. El dueño del bar y yo nos miramos; a continuación me preguntó "¿Cuánto dinero tenías?"; "Uno con veinte", le respondí sacando mis moneditas del bolsillo, "Pues venga, que por ese dinero, aquí te puedes tomar otro tinto y además con tapa". Aquel sábado pasó muy lento, como si una mano enorme lo hubiera metido en un gran estanque de glicerina. Ignoro por completo si el experimento de aquellos jóvenes ilusos había dado los frutos deseados; a pesar de todo el momento de regresar al exceso había comenzado.

LA inmensa mayoría de desplazamientos son involuntarios, acaso motivados por las innumerables causas que la necesidad ha clavado en el hipotálamo de todos los enamorados del carbono. A mi izquierda un hombre se alimenta con carne de vaca, a mi derecha, un espejo y unas plantas de plástico me recuerdan a Milton perdido en su propio paraíso; es como una amniocentesis practicada a un hombre gordo; el feliz padre de dos adiposos e inútiles testículos. Que nadie profiera insultos contra ellos; pequeñas calabazas al capricho de la Ley de gravitación universal.

AL amparo de un rincón, una soledad sin número de referencia malvive quebrando frustraciones a razón de dos euros la unidad; restringidas zonas verdes que acaparan cuatro quintas partes de los excrementos producidos por un diferencial que siempre tiende a infinito, a un orden nunca correlativo que no garantiza en ningún modo el establecimiento de una humanidad con capacidad de incubencia. El acceso a las reclamaciones está cerrado; solo a través de la indivisibilidad será posible valorar los átomos contenidos en una lágrima.

HAY tantas imposibilidades como intentos frustrados, tanta desolación como alambre de espinos; y las balas convirtiendo a Doppler en un feriante; y la suficiencia aplastando con su suela de goma el libre albedrío de las aves migratorias. Hay tanta exención en el ambiente, tal cantidad de previsiones incumplidas, que la naturaleza ha dejado de creer en sí misma y deambula por los prostíbulos buscando el placer de un eclipse total de Luna.